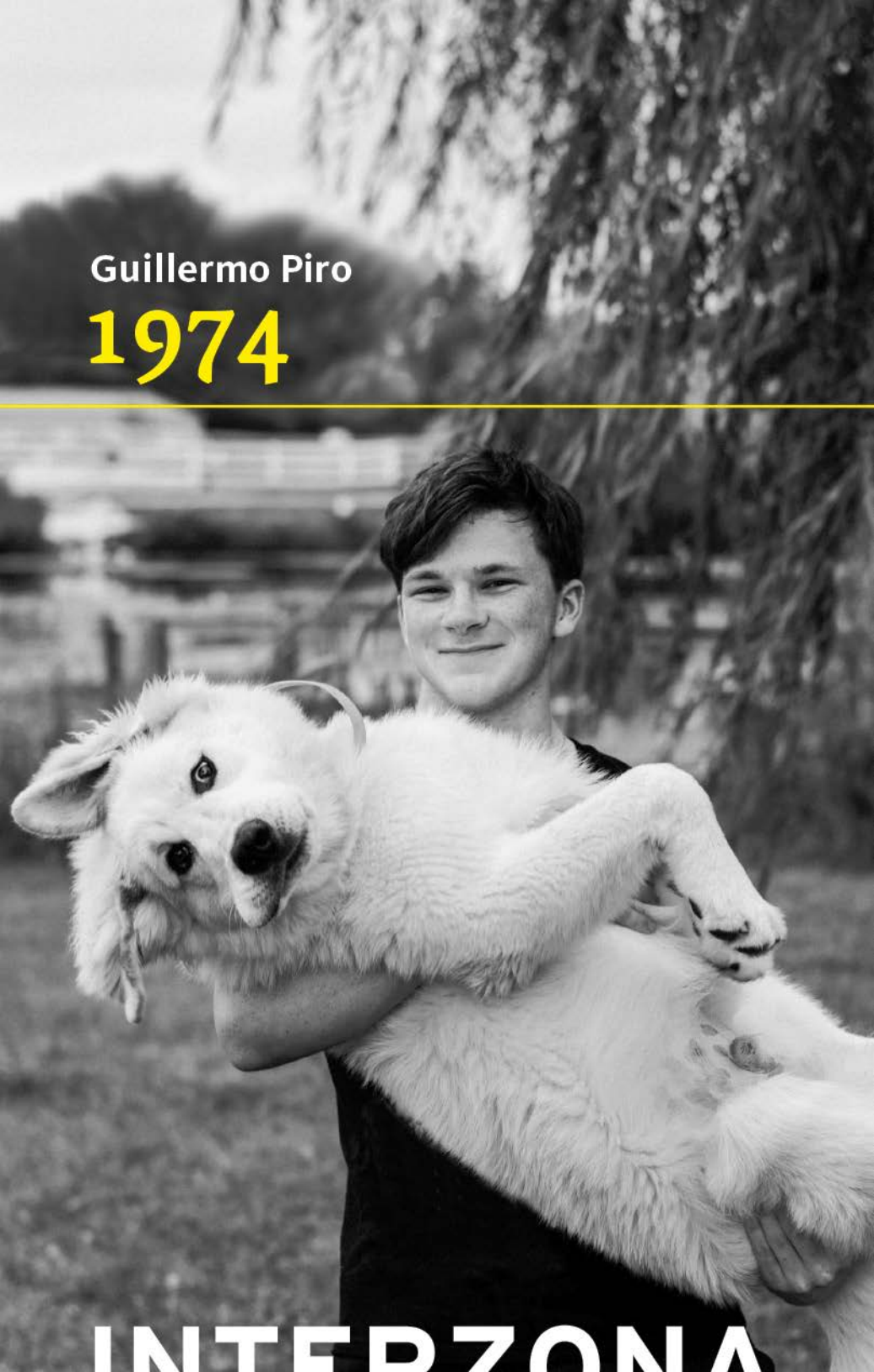
Guillermo Piro

1974



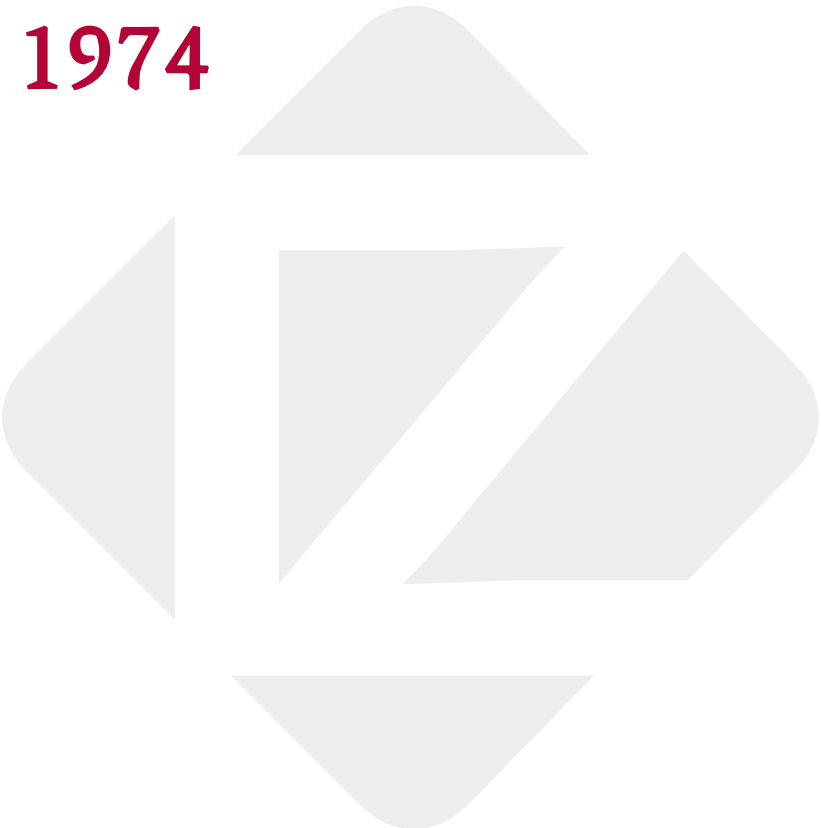
INTERZONA



1974

Guillermo Piro

1974



INTERZONA

INTERZONA

Piro, Guillermo
1974 / Guillermo Piro. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2026.
144 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de Ficciones)

ISBN 978-987-790-147-4

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura. 3. Novelas. I. Título.
CDD A860

© Guillermo Piro, 2026

© interZona editora, 2026
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Dirección editorial: Guido Indij
Coordinación editorial: Fernando Ozón
Equipo editorial: Fátima Nieves García, Natalia Brega
Corrección: Mónica Martínez
Foto de tapa: Pexels

ISBN 978-987-790-147-4

Libro de edición argentina.
Impreso en la India. *Printed in India*.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

A Luis Gusmán,
que me regaló esta historia

Nada más inocente que componer un libro de entretenimiento aunque no entretenga. Con no leerlo evitará toda persona discreta el mal que pudiera yo causarle. Yo no trato de enseñar ni de probar nada. Si alguien deduce consecuencias o moralejas de la lectura de este libro, él, y no yo, será responsable de ellas.

Juan Valera

a. La escritura se inventó, dicen, para tener ocupados a los viejos. En sus orígenes –cuando aún no era escritura en el sentido estricto– la palabra ya se confiaba a la memoria de hombres apartados del fragor de la vida, muchas veces ciegos, que recitaban lo aprendido como si custodiaran un fuego. Con la aparición de los signos, la tarea se volvió más ardua y, por lo mismo, más selectiva: escribir exigía tiempo, paciencia y una disposición que pocos jóvenes, salvo los obsesivos o los insatisfechos, estaban dispuestos a aceptar. De acuerdo, con el tiempo se convirtió en una ocupación juvenil también, pero no hay registros de jóvenes escritores antes del siglo XIX. Su razón originaria, su función, siempre fue hacer de la senectud una etapa digna de ser recordada, o al menos una etapa en la que cada cual hace lo que puede con el intento de ser recordado en el futuro. También en el presente.

A fin de cuentas se escribe por muchas razones, entre ellas ocupar el tiempo. También pesa la transmisión de una experiencia que por alguna razón el que escribe considera que vale la pena ofrecer a manera de dádiva a las generaciones venideras, o a los descendientes venideros, o a los que viven sus días y comparten las adversidades a su lado. En cualquier caso escribir trae consigo una obligación que les está vedada a los jóvenes, que es rememorar el pasado, traerlo al presente, revivirlo y compartirlo para luego, en la medida de lo posible, olvidarlo.

El pasado debería sobrevivir en el presente del mismo modo en que, a su manera, sobrevive en el león el venado digerido. Es

decir, como el venado, la escritura es energía. La analogía no es exacta, pero, bien pensada, permite ver que también ayuda al intelecto a extraer de ella sustancias que solo él puede absorber adecuadamente.

Dije antes que se escribe para la posteridad, y eso es cierto. Pero hay también quienes escriben porque quieren trascender en la vida, no esperar a estar muertos. Todos trascienden cuando mueren: en las guías telefónicas almacenadas en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, en los recuerdos de los seres queridos u odiados, en las fotografías y las pequeñas películas circunstanciales en las que ni siquiera somos conscientes de haber aparecido –para citar algunos, pero hay más. Qué vanagloria, querer trascender. Y sin embargo hay gente para la que algo así es importante. No para mí.

Ya viejo, si emprendo la tarea de escribir es solo para contar algo que he ido redactando in mente durante años. ¿Con qué fin? Ninguno, salvo quizá irme de este mundo un poco más vacío, más ligero. Reúno en mí las condiciones que vuelven saludable este oficio: la edad, la vista que se apaga, la falta de ambición por trascender. Y aunque tenga algo que decir, no persigo otro propósito que ese: la ligereza.

Lo que voy a relatar ocurrió en realidad hace muchos años, cuando sus protagonistas eran niños, y si pasé tanto tiempo sin decidirme a contar todo fue solamente porque mis ocupaciones me impidieron concentrarme el tiempo suficiente para tan alta tarea. No tan alta en realidad. Escribir no tiene nada de alto, más bien todo lo contrario. Tomarse el trabajo de contar con lujo de detalles algo ocurrido hace sesenta años con ningún otro fin que no sea aligerar el peso del saber no tiene nada de alto. Narrar es un poco como lavarse el cuero cabelludo. Solía usar champú anticaspa cuando tenía pelo, pero ya no lo necesito. La ausencia de pelo y la vejez no alcanzan para catalogarme como un viejo decrépito: un viejo decrépito no puede escribir algo pasable, y yo pretendo hacerlo. En cuanto al resto... me resisto a creer que haya alguien que pueda

obtener placer corrigiendo un texto propio. Sobre todo cuando el auténtico placer radica en no escribir en absoluto.

Además, volviendo a eso de la ligereza, ya comprenderán, si llegan al final de esta historia, a qué me refiero. Hay amenazas que calan tan hondo en nuestros corazones que pueden obligarnos a obedecer a sus designios durante tantos años que al final nos olvidamos de qué amenaza nos impedía recuperar lo que fuera. Una amenaza es un acto de contrición, entendido como un intenso dolor provocado por el pecado cometido, que tiene como propósito recordarnos que de allí en adelante no debemos seguir pecando.

Un amigo, actor, solía decir que ensayar era de cobardes. Sin estar del todo seguro de que tal afirmación sea cierta, no puedo negar cierta tendencia a creer que lo es. Encuentro cierta afinidad entre la actuación y la escritura –aunque hasta ahora, después de haberlo intentado, no he demostrado habilidad en ninguna de las dos tareas. Pero reconozco que hay cierta cobardía en corregir un texto propio; si no salió tal como debiera al primer intento, ¿por qué debería salir al segundo? ¿Al tercero? Qué anomalía. No tengo dudas de que en el intento número treinta y cinco se volvería a la versión primigenia, al grito primal –si es que la escritura puede compararse a un grito; yo creo que sí. O debería simplemente haber dicho "volvería", refiriéndome a mi persona –porque desconozco las taras y virtudes de cualquier otro que no sea yo mismo.

Pero también están las razones, las verdaderas razones, quiero decir: esa ligereza de la que hablaba al comienzo. Las ideas pesan, los recuerdos pesan. No en el sentido tradicional de la palabra "pesar"; lo que intento insinuar es que ocupan un lugar, un espacio, poseen volumen, y todo ello nos lleva a suponer que también cargan con un peso. Un peso que se percibe, que se impone. Yo lo siento todo el tiempo, y me perturba.

No pretendo que, al borrar ciertos recuerdos de mi cabeza, logre así abrir lugar para otros nuevos. No los necesito. Ya no necesito nada, esa es la verdad. Solo necesito escribir este relato.

b. Llevo apenas escrita una página y la tarea ya me parece ciclópea, no creo que lo consiga. Me refiero a que no creo que concluya la tarea antes de que el corazón deje de latir. Estoy enfermo, pero no tengo ganas de hablar de esto. Vivir perseguido es horrible. Nunca me pasó, pero no me cuesta imaginarme que es horrible. Yo viví siempre perseguido por una idea, es decir por una historia. Es esta. No es gran cosa, pero es mía. Nuestra, en realidad. Prepárense. Empezamos.

Siempre se empieza por mamá: la mía me amaba. En 1974 yo tenía 12 años y era feliz y mi madre me amaba y yo la amaba a ella, como corresponde. Amaba también a mi padre, es verdad, por qué negarlo, pero era capaz de imaginar mi vida sin él; en cambio me resultaba inconcebible imaginar la vida sin mi madre. Supongo que eso se llama infancia.

Visto a la distancia, el pasado es todo lo perfecto que algo puede ser, porque a fuerza de modelarlo la memoria ha conseguido un resultado inmejorable, imperfectible. Solo una cosa no ha podido perfeccionar, y es eso lo que me propongo narrar. No tanto porque pretenda embellecer lo que carece de belleza, sino simplemente porque a diferencia de otros hechos no me dediqué a modelarlo en el curso de los años; más bien lo sepulté bajo una gruesa capa de tierra y ceniza, como corresponde con las cosas que no pueden ser olvidadas pero que no queremos volver a recordar prestamente.

Cuando en ciertos momentos de abulia o aburrimiento recurría a los recuerdos para pasar el rato, no echaba mano a este, lo

aseguro. No es que provocara dolor –no es una historia dolorosa– sino que la promesa de mantenerla en secreto había llevado todo al punto en que pensaba –sigo pensando– que debía mantenerla en secreto hasta para mí mismo, ocultarla hasta de mi propia recurrencia apática, tal vez por el mero temor de que sin quererlo algo me llevara a verbalizarla –y que alguien pudiera escucharla–, que en eso consistía el secreto.

¿Y por qué la cuenta ahora?, se preguntarán mis lectores. Bueno, porque si todo salió como debía fue gracias a que el secreto se erigió en tal sin fisura ni error, y dado que los otros testigos ya no están, como tampoco están aquellos con cuya vida y sufrimiento pudieron haberme extorsionado entonces. Eso hace que, en medio del dolor de la existencia, me sienta libre y bien dispuesto.

Narrar no es lo mío, pero una mirada a lo que acabo de escribir me demuestra que con un poco de esfuerzo puedo encauzar mi relato por el buen camino y llegar a donde quiero –que tampoco es tan lejos, por otra parte–.

Las amenazas no son el fuerte de nadie, pero desde aquel verano del 74, cuando los protagonistas empezaban a amurallarse y la guerrilla urbana hacía de las suyas, una amenaza entró en ellos como una tempestad y desde entonces empezó su pequeña guerra –¿no es ese acaso el significado de guerrilla?–.

Hay un poema de Gottfried Benn –no, no vayan a creer que soy un especialista en poesía alemana, nada más lejos de la verdad; llegué a él por casualidad y me impactó tanto y lo leí tantas veces que terminé aprendiéndomelo de memoria, pero es el único poema de Gottfried Benn que conozco. Casi me atrevería a afirmar que es el único poema que sé de memoria– que se llama justamente así, "Amenaza". He dedicado largos momentos de ocio a buscar traducciones –he podido recopilar varias, acá las tengo–, y sin duda la mejor es la que sigue: